

RIQUEZA Y BELLEZA DE LOS LLANOS

Por: **AGUSTIN CODAZZI**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 110, Volumen 30
1976*

El general Agustín Codazzi, héroe de la Independencia y director de la Comisión Corográfica, en desarrollo de su misión de geógrafo, primero al servicio de Venezuela y después al servicio la Nueva Granada, recorrió nuestros Llanos Orientales en dos ocasiones: en 1838 con el francés Broderic remontando el Meta a partir de su desembocadura en el Orinoco y finalmente en 1856 descendiendo de Chingaza a Cumaral para hacer el levantamiento cartográfico de los Llanos de San Martín y Apiay bajando por el Meta hasta Casanare remontando el Arauca hasta cerca de la gran laguna del Sarare y regresando por Tame, Nunchía, Labranzagrande y Pajarito para llegar a Medina y subir por el cañón del Guavio a la Sabana de Bogotá.

La región de los Llanos parece un gran golfo que se introduce en lo interior de las tierras; es un mar de yerbas que por todas partes forma horizonte; es la verdadera región de los ganados que allí se multiplican casi sin los cuidados del hombre; es el gran criadero que proporciona a la zona agricultora los animales útiles para el trabajo y las carnes para sustento de sus habitantes. Su posición central ofrecerá algún día iguales ventajas a las generaciones futuras que desmontarán las grandes selvas.

Los Llanos son un campo perenne de instrucción guerrera para sus intrépidos moradores. Acostumbrados desde su juventud a domar el potro, a luchar con el toro, a pasar a nado los ríos caudalosos y a vencer en singular combate al tigre, los llaneros se acostumbran a despreciar los peligros. Cuando la guerra los distrajo de sus ocupaciones ordinarias, el enemigo los encontró ya soldados aguerridos. Ayudados de un temperamento robusto y habitando bajo un clima caluroso, sus necesidades Sal!



M. Henry Mistral en el viejo camino de Oriente

muy pocas: en paz, la soga de enlazar y el caballo; en guerra, el

caballo y la lanza. Prácticos del terreno y con la movilidad que les proporciona su ligero equipaje, los hombres de los Llanos no pueden ser vencidos sino por hombres de los Llanos, y la Patria tiene en aquellas inmensas sabanas y en el pecho de sus hijos valerosos, el más firme baluarte de la independencia nacional.

No se crea por esto que la zona de las crías es un estéril arenal, una tierra sin agua; ni que sus habitantes son pueblos nómades con tiendas portátiles. Al contrario, es un suelo fértil y bien provisto de agua. Hay ciudades, villas, pueblos y hatos diseminados por las extensas llanuras: ríos navegables las atraviesan en diferentes direcciones, y los ganados que vagan en medio de aquellas dehesas en una entera libertad, vienen a reunirse en determinadas épocas y por los esfuerzos del hombre en los lugares destinados para los rodeos.

Estas llanuras no siempre presentan aquella uniformidad monótona y fastidiosa. Tienen sus variaciones y perspectivas agradables. No en todas ellas se sufre el calor abrasador de las regiones bajas, pues, en ciertos parajes está bastante modificada la temperatura por causas locales; y aunque hay algunos lugares expuestos a la fiebre y intermitentes, es por lo general, seco el aire y el clima saludable.

El habitante de esta vasta provincia puede ser agricultor y criador a la vez, con la grande ventaja de poder embarcar sus frutos entre las mismas haciendas. Vista una de aquellas sabanas S'2 han visto todas, porque todas llevan el mismo tipo.

Desde cuando se deja el pie de la cordillera, no se encuentran ya cerros de ninguna clase y la vista se pierde sobre el horizonte de aquellas llanuras ilimitadas que se confunden con el cielo.

Pocos palmares se ven en estas llanuras, algunas manchas de bosques que se pierden en un horizonte oscuro, y muchos esteros que cubiertos de agua en el invierno, conservan pastos en el verano. Espacios limpios se extienden hasta perderse de vista; mientras que en las partes laterales se presentan unas barras que parecen colinas lejanas, no siendo sino bosques que sirven de adorno a los ríos. Las riberas de éstos están pobladas de aldeas, caseríos y hatos cuyos moradores buscan allí seguridad contra las inundaciones; sombra y frescura que dan los árboles contra el rigor del clima, una tierra fresca para sus siembras y una pesca abundante de que hacen su principal mantenimiento. El maíz y la yuca les dan un pan sustancioso; y más variado el succulento plátano, que se reproduce por sí mismo y alcanza una vida mayor que la del hombre sin necesitar de cuidados. La población crece con asombro a las márgenes de estos ríos, por la facilidad que hay allí de procurarse los medios de subsistir. En aquellos lugares el calor está modificado por la frescura de los vientos, los cuales suelen enfriar mucho más que en otras partes la tierra calentada durante el día, y también por la que dan las aguas y los bosques de los grandes ríos que atraviesan por todas partes las sabanas.

Sabanas limpias, siempre verdes, siempre frescas y de alta paja, cubren una inmensa extensión: el nivel casi perfecto de todas las partes del terreno las asemeja tanto a la superficie del mar, que a su vista ocurre el pensamiento de que en tiempos remotos fueron nivelados por la estación perenne de las aguas. En medio de aquel océano de verdura sucede al viajero o que al navegante cuando empieza a descubrir las velas de un buque que asoma sobre el horizonte. Algunas matas el monte con pequeños grupos de árboles, parecen naves a la vela y producen en su lejanía e efecto de estas. Otras veces la masa vaporosa extendida en la atmósfera, da a las sabanas el aspecto mismo de un mar lejano que, siempre a igual distancia parece que huye delante del viajero.

